Alemania, la locomotora de la que depende la UE

Por ***Felipe De La Balze ECONOMISTA Y NEGOCIADOR INTERNACIONAL***

Los críticos de la disciplina alemana no han podido desarrollar aún una visión alternativa coherente y convincente de lo que hay que hacer.

La unificación europea fue una consecuencia de la Segunda Guerra Mundial. El motor detrás del proyecto europeo fue desmilitarizar, democratizar e integrar económicamente a Alemania al resto de Europa y terminar para siempre con el temor de una Alemania ambiciosa y demasiado poderosa para coexistir pacíficamente con sus vecinos.

La Unión Europea se creó para desterrar la idea de una "Europa germánica" y crear una "Alemania europea", pacífica e integrada al resto de Europa. Durante varias décadas, **Alemania y Francia formaron un directorio bicéfalo** que, en la práctica, lideraba y tutelaba la Unión Europea.

Esos días están llegando a su fin. Alemania se transformó en la primera potencia europea gracias a su tamaño, su ubicación geográfica central en el continente, su solidez económica y su postura política internacional, pacifista, amistosa y cooperativa hacia al resto del mundo.

Los antecedentes políticos del resurgimiento alemán fueron la caída del muro de Berlín, la unificación de Alemania del Oeste y del Este y el posterior colapso de la Unión Soviética. Su sustento económico se debió gracias a la solidez y a la extraordinaria competitividad de la economía alemana (es el tercer exportador mundial). La llegada de nuevas generaciones que no comparten el sentido de culpa que arrastraba el pueblo alemán desde la Segunda Guerra Mundial modifica los fundamentos psicológicos y culturales.

La prolongada crisis económica actual debilitó el proyecto europeo y simultáneamente fortaleció la voz y la posición alemana en todos los asuntos regionales.

Las respuestas a la crisis están diseñadas a partir de las ideas y las preferencias de la dirigencia en Berlín. Es cierto que la Comisión Europea, el Fondo Monetario Internacional y el Banco Central Europeo (la llamada "troika") han liderado las negociaciones con los países en dificultades, pero nada se decide sin la anuencia y el apoyo financiero del gobierno alemán.

Alemania intenta imponer una rigurosa disciplina presupuestaria y promueve la llamada 'regla de oro", que consiste en inscribir en las constituciones de sus socios un compromiso de respetar el equilibrio fiscal y reducir el endeudamiento gubernamental. Su objetivo es convertir a todos los países de la eurozona a los principios de la **disciplina fiscal, el rigor económico y la estabilidad monetaria** sobre los cuales se construyó el éxito alemán de las últimas décadas.

La dirigencia y una mayoría del pueblo alemán están convencidos de que la causante de la crisis es el **descontrol de las finanzas públicas y privadas,** y que las mismas sólo

pueden ser remediadas con austeridad y reformas estructurales (mayor flexibilidad laboral, mejor supervisión bancaria y cambios en el sistema jubilatorio).

Es en este contexto que debe entenderse el **rechazo de Ángela Merkel hacia las propuestas de eurobonos que facilitarían una mutualización de las deudas nacionales**. También su decisión de **no ampliar las capacidades financieras del Fondo Europeo de Estabilidad Financiera** para comprar la deuda pública de los países con dificultades en los mercados secundarios.

El crecimiento del poderío alemán genera sentimientos antigermánicos en los países que están sufriendo las consecuencias de los programas de ajuste.

Sectores de las elites de los demás países resienten el *diktat* alemán. Pero a los críticos les resulta difícil imaginar un futuro europeo sin Alemania y no han podido desarrollar hasta ahora una visión alternativa coherente y convincente de lo que hay que hacer. Después de todo, **a Alemania le ha ido muy bien siguiendo a pie juntillas las políticas que hoy promueve**: el desempleo es bajo (6%), la inflación casi inexistente (1,5%), la situación fiscal es holgada y la posición externa es ampliamente superavitaria.

El liderazgo alemán no es sólo producto de su fortaleza. La debilidad de los otros grandes países europeos es sintomática. Los gobiernos de España e Italia están inmersos en un mundo de alto desempleo (12% en Italia y 25% en España), estancamiento económico y creciente endeudamiento público.

Francia, que históricamente fue el contrapeso de Alemania, perdió la iniciativa intelectual que supo tener en las épocas de Jean Monnet o Jacques Delors. Su economía está estancada producto de un intervencionismo estatal agobiante y de una fiscalidad abusiva. El presidente francés, François Hollande, ha criticado la estrategia alemana, pero ha sido incapaz de presentar otra alternativa.

Gran Bretaña, que es socia de la Unión Europea pero no forma parte de la zona euro, actúa con relativa independencia y tiene la ventaja de poder realizar parte de su reestructuración económica a través de la devaluación de su moneda nacional, la libra esterlina.

Alemania no sólo propone las políticas sino que además firma casi todos los cheques y está convencida de las razones -incluso morales- que sustentan su estrategia.

Está dispuesta a salvar al euro, a fortalecer el proyecto de construcción europeo y a financiar los fondos de rescate, pero lo quiere hacer bajo sus términos.

El ajuste lo tienen que hacer los países en crisis y la transferencia de fondos de los acreedores a los deudores está condicionada a la puesta en marcha de profundas reformas fiscales, laborales y bancarias.

Las consecuencias del fortalecimiento del poder alemán serán el tema central de la política europea durante la próxima década.

El liderazgo germánico en el escenario europeo y una mayor presencia en el escenario mundial están trazando los lineamientos de un nuevo paradigma geopolítico cuyas consecuencias duraderas están en proceso de elaboración.

Somos testigos de una gran contradicción histórica: la unificación europea se hizo para poner coto al poderío alemán y ahora se ha transformado en la locomotora de su resurgimiento. Pero el designio original fue eficaz: la Alemania que resurge está plenamente integrada al resto de Europa, es antitotalitaria, democrática, pacífica y respetuosa de los derechos humanos.